

26° Domingo ordinario C - 28 septiembre 2025

(Am 6, 1a.4-7 ; 1 Tm 6, 11-16 ; Lc 16, 19-31)



Continuamos este domingo en la línea del pasado domingo con reflexiones sobre la riqueza y la mirada que llevamos a los que viven cerca de nosotros.

Es a una verdadera diatriba contra los ricos que se creen seguros que el profeta Amos se entrega en este pasaje hoy. Llega hasta esta maldición pronunciada sobre ellos. No es tanto su riqueza como su conducta lo que denuncia el profeta.

No, el dinero no protege y cuando vienen las guerras, los desastres, no se salvan.

De nuevo Jesús usa una parábola para su enseñanza sobre la riqueza y el uso que hacemos de ella.

Al poner en escena a un rico anónimo y a un pobre llamado Lázaro es nuestra mirada la que es interrogada.

El rico es anónimo, el pobre tiene una identidad para él porque tiene valor para Dios mientras que es completamente invisible para el rico que parece ni siquiera haberlo notado.

Y eso es lo que se le reprocha. "Es por el amor que tendréis los unos para los otros que reconocerán que sois mis discípulos", el rico que se proclama de Abraham no parece haber puesto en práctica la enseñanza de la ley.

Lo importante y que se nos pide es poner en práctica en hechos concretos aquello en lo que creemos y profesamos: "no es diciéndome Señor, Señor, que entraremos en el Reino de los Cielos, sino haciendo la voluntad de mi Padre que está en los cielos.



Aquí tenemos una ilustración de lo que se proclama en las Bienaventuranzas y del derrocamiento propuesto por Jesús.



Como en el caso del profeta Amos, la confianza en los bienes de este mundo y la aparente seguridad que ofrecen son denunciados.

Pidamos al Señor que nos dé su mirada de compasión por nuestros hermanos. Lo que importa es ante todo lo que habita en mi corazón y se traduce en un acto concreto de caridad.

Estamos invitados a construir desde aquí abajo el Reino viviendo la comunión, el amor y la misericordia.

Pierrette MAIGNE